

# *Xenofobia, racismo y otros excesos*

**E**n estos últimos tiempos, y de manera creciente, se habla en toda Europa, y desde luego en España, de xenofobia y de racismo. Se organizan manifestaciones multitudinarias, con pancartas a la cabeza —a veces escritas en una lengua regional minoritaria, lo cual puede parecer sorprendente—, con multitud de personas al frente, no siempre caracterizadas por su universalismo ni por su espíritu de concordia. Temo que esta ocupación con tan vidrioso y complejo asunto esté aumentando los brotes de eso que, con tanta razón, se pretende evitar. Ni las manifestaciones ni los discursos suelen contribuir a aclarar las cosas. Si no me equivoco, se están deslizando demasiadas confusiones. Ante todo, la de xenofobia y racismo, cosas que pueden coincidir, pero que son muy distintas. Se puede sentir hostilidad al extranjero *de la misma raza*, y sin la menor conciencia de diferencia étnica. Esta última, la diferencia étnica, se puede percibir como tal sin hostilidad ni desprecio, y por tanto sin racismo. In cuanto a éste, puede ser una espontánea antipatía, un desagrado irreflexivo, una impresión de superioridad — o inferioridad, no se olvide—, o finalmente una *teoría*, como la iniciada por el Conde de Gobineau y Houston Stewart Chamberlain (un francés y un inglés) y que condujo a tales atrocidades con las que realizó el Tercer Reich alemán en manos de Hitler y su partido nacionalsocialista.

JULIÁN  
MARIÁS

*«A lo largo de su historia, España ha sido mínimamente racista. No tuvo ese carácter la hostilidad al invasor islámico durante la Reconquista, y religiosa y no étnica era la frecuente hostilidad contra los judíos.»*



A lo largo de su historia, España ha sido mínimamente racista. No tuvo ese carácter la hostilidad al invasor islámico durante toda la Reconquista, mezclada con frecuente admiración y simpatía. Religiosa y no étnica era la frecuente hostilidad contra los judíos en la Edad Media, incluso en el momento de su expulsión en 1492. Sólo se puede descubrir un elemento de racismo en los conceptos —sociológicos y no religiosos, profundamente anticristianos— de «cristianos viejos» y «cristianos nuevos», inspirados en la desconfianza en la sinceridad de las conversiones más o menos forzadas. No hay «cristianos viejos», porque cuarenta generaciones de cristianos no hacen cristiano a nadie, sino solamente la fe y el bautismo. Por último, el *injerito* español en América, desde el mestizaje biológico hasta la cultura y la constitución de sociedades americanas *hispanizadas* significó la ausencia casi total, con muy escasas excepciones, de racismo.

En la Europa actual hay fenómenos que son inquietantes, y conviene preguntarse por su origen y carácter. Hace ya varios decenios, cuando se logró una prosperidad económica que ahora se está poniendo en peligro, los europeos decidieron que no les gustaba ejercer diversos oficios o profesiones, poco agradables o mal pagados. Encontraron conveniente que habitantes de países menos prósperos se encargaran de esos trabajos. Esto sucedió también dentro de cada una de las naciones, mediante la inmigración en una región más rica de personas de otras más pobres.

Al aumentar el número de inmigrantes, han llegado a ser un elemento «extraño» en las sociedades originarias, cuya homogeneidad se resiente de ello. Hay muchas personas «diferentes» por su estilo, aspecto, costumbres, lengua, etc. Se tiene la impresión de no estar plenamente «en casa», y por tanto «cómodos». Esto es legítimo, pero hay que elegir: si un país quiere estar «solo» y sin mezcla, tiene que realizar por sí mismo todas las funciones necesarias, gusten o no; si quiere que las hagan otros, tiene que aceptar su presencia y no quejarse de ella.

Hay otros factores de mezcla: el derecho que tienen en algunos países los pertenecientes a antiguas colonias independizadas, que forman parte de la población de las antiguas metrópolis, en números muy altos y que en algunos casos mantienen su peculiaridad, a veces con la voluntad de afirmarse como un cuerpo extraño. Todo esto contribuye a crear condiciones en las que pueden desarrollarse sentimientos de xenofobia, interpretados por unos o por otros como racismo y que en ocasiones lo son.

Otro fenómeno, enteramente distinto, y acaso el más grave de todos, es la hostilidad, que llega a la lucha más violenta, entre elementos que formaban parte de naciones bastante artificiales, resultados de la desmembración del Imperio Austro-Húngaro (secundariamente

***«En la Europa actual hay fenómenos inquietantes y conviene preguntarse por su origen y carácter. En los años de prosperidad económica, se encontró conveniente que habitantes de países menos prósperos se encargaran de trabajos poco agradables y mal pagados.»***



también del Otomano) al final de la Primera Guerra Mundial. Estas naciones eran tan heterogéneas como la Austria-Hungría que las integraba, y los elementos étnicos, lingüísticos, religiosos, sociales, históricos están de tal manera entrecruzados, que hay una manifiesta imposibilidad de llegar a unidades homogéneas, sobre todo en lo que fue Yugoslavia. Aquí el nacionalismo de lo que no son naciones es el factor capital de una xenofobia que amenaza con la devastación y acaso destrucción de esos pueblos. Algo semejante se está produciendo en muchos territorios de la antigua Unión Soviética, sometidos durante largo tiempo a la opresión del Partido Comunista y que al recobrar su libertad la destruyen con un despliegue de nacionalismos hostiles que no tienen presentes las condiciones de viabilidad y por tanto supervivencia.

**M**e parece peligroso hablar excesivamente de racismo, principalmente donde no lo hay o en dosis muy escasa. Se fomenta aquello de que se habla en exceso, lo que se airea mediante la propaganda, se introduce en las mentes, con una interpretación que puede ser inexacta o simplemente falsa. En el caso de España, esto me parece evidente, y podemos encontrarnos con un racismo considerable, forjado a fuerza de hablar de él.

Hay deberes para con los inmigrantes; los hay también de éstos para con el país que los acoge. Se debe insistir en la obligación de tratar de manera humana y civilizada con las demás personas, sean cualesquiera sus diferencias. Y concretamente en España sería muy eficaz que se evitaran las actitudes de hostilidad *entre españoles* de distintas regiones o comunidades autónomas, en algunas de las cuales se producen fenómenos análogos a la xenofobia, y en algunos casos extremos al racismo. Si se empieza por esto, es muy probable que estas actitudes se extiendan al que es verdaderamente distinto.

En nuestra época, y por la extraordinaria fuerza de los medios de comunicación, las consecuencias de la ligereza o la frivolidad pueden ser gravísimas. Hay que ejercer una vigilancia atenta sobre las interpretaciones de hechos que, sin tener gravedad, se pueden convertir en otros destructores e irreparables.

**«Me parece peligroso hablar excesivamente de racismo, principalmente donde no lo hay, o en dosis muy escasa. En España es evidente y podemos encontrarnos con un racismo considerable, forjado a fuerza de hablar de él»**

